

Michel Ponsich

El hombre y el arqueólogo

SALVADOR DE SANCHA FERNÁNDEZ
Secretario Perpetuo Congresos Int. Aceite

Es evidente que, al ser invitado a participar en el homenaje colectivo al arqueólogo Dr. Michel Ponsich —tan justo como merecido—, no se ha buscado en mí ni autoridad histórica que no poseo, ni otros méritos científicos. Esa invitación sólo se justifica en razón a la amistad. Larga, profunda, invariable amistad.

A lo largo de la vida, somos amigos de muchas gentes: amistades de infancia y adolescencia, de estudio o profesión, de paisanaje o de vecindad, de ocios, deportes o ideas políticas; es decir, de las circunstancias del hombre. Amistades que sólo exigen una superficial similitud, buena educación y modos sociales, pero que rara vez resisten la prueba de la distancia, el dolor o el enfrentamiento. De tarde en tarde, a lo largo de mi vida, alguno de aquellos amigos de coyuntura se nos meten en el hondón del alma, y en ella afincan de manera definitiva, creciendo a la intemperie de los años.

Hace ya mucho que a él, como director de la Misión Arqueológica Francasa de la Casa de Velázquez en Belo, y a mí como inspector español en aquéllas mismas excavaciones durante diez años consecutivos, nos reunió el Destino para colaborar codo con codo y trabajar en proyectos siempre coincidentes en unos mismos afanes, en unas mismas metas.

Han pasado ya veinte años desde el comienzo de aquella amistad, y hoy puede decir que ha cuajado a fuerza de afinidad y también de desacuerdos llenos de respeto y cariño, a fuerza de golpes compartidos, a fuerza de profundos interrogantes transcendentales que fueron contestadas a la vida en dos voces distintas con una misma idea, a fuerza de una ósmosis no sólo de lo que el corazón calienta, sino de aquéllo que la mente crea o clarifica, a fuerza de lealtad. Una amistad de esta jerarquía —que sólo es posible

con un hombre de la calidad humana y la estética espiritual de Michel Ponsich—, sirve para impregnar de hondo y sólido sentido una relación de forma definitiva, y responde a ese horizonte ideal al que el ser humano aspira.

Desde esta plataforma, instalado en la amistad, no voy a traer aquí su biografía —de todos bien conocida— sino que, sencilla y sinceramente, sin engañosas deformaciones o estilizaciones inútiles, me propongo aproximar aquí al hombre, a ese ser que está detrás —o delante, que no lo sé— de una obra bien realizada y de sus libros. Tal vez resulte pálido mi intento, eso sí, a causa de mi incapacidad, que no de la riqueza y altura de su perfil humano.

Michel Ponsich es, en esencia y de forma intrínseca, un hombre bueno. Uno de esos raros seres que saben perdonar, comprender y querer, prodigarse y repartir el bien con natural autenticidad, sin permitirse ninguna falta, cómoda conformidad voluptuosa para con su conciencia; con la misma generosidad de la que sólo son capaces los humildes de corazón, los sabios, o los místicos.

Los que disfrutamos del lujo de su amistad y hemos trabajado a su lado, sabemos de su cálida afectividad, de su amplia disponibilidad, de su atención apasionada hacia los que sufren o carecen de casi todo, de la bondad alegre de su ancho corazón, de esa disposición derrochadora y rendida para regalar lo mejor de su alma, de su esfuerzo, de su inteligencia.

Ponsich nos llegó desde Marruecos, tras de una etapa corta vivida en Francia, trayendo un denso bagaje en el corazón: su infancia, su adolescencia y primera juventud rebotando en el pecho y en el recuerdo, haciendo a veces dolorosa la añoranza, sintiendo la ausencia de los amigos, ya fueran personajes importantes o humildes hombres rurales, obreros de Lixus, Volúbilis, u otros muchos lugares. Yo he sido testigo de excepción de la amistad filial y verdadera de unos, y la veneración respetuosa en otros. Y en todos, una misma constante: el cariño que se ganó de ellos.

También puedo afirmar que su venida a España desde Francia, no fue traumática y sí más bien liberadora; aquí volvió a encontrar la luz y el sol y el cielo azul que sus retinas necesitaban; el carácter cálido y próximo de las gentes; la sabia alegría de vivir en armonía con su universo personal. Y después, la baja Andalucía para quedar prendado y prendido en ella para siempre. No por una veleidosa frivolidad, sino por la conjunción de una profunda, íntima predilección de su fino espíritu sensible y de la rígida reflexión del arqueólogo docto.

¿Acaso no fue aquél impulso y esta reflexión los que le llevaron en un principio a concebir esa vasta prospección del viejo valle bético? ¿Acaso es posible llevar a cabo un trabajo tan ingente como profesional y metódico sin el latido desbocado del sentimiento?

Yo ví, yo ví en ocasiones el entusiasmo y el rigor, la perfección y el amor con que Ponsich fijaba lugares y planificaba sobre las cartas topográficas, la noche anterior, el esfuerzo ingrato y duro de recorrer —a pie y

paso a paso y aun en las condiciones climáticas más adversas— las tierras de una y otra parte del Guadalquivir, desde Cástulo a Sanlúcar de Barrameda.

Yo conocí la angustiada ansiedad que le embargaba por ganar su ritmo al tiempo; la nerviosa inquietud que experimentaba cuando alguien, o algo, retardaba la ejecución de su trabajo. Tenía prisa. El sabía lo mucho que quedaba por hacer y lo efímero del tiempo de que disponía para valorar cientos de yacimientos, más o menos importantes; villas, alfares, almazaras, vestigios de poblamientos, sometidos todos a un progresivo y rápido deterioro —cuando no a la ruina segura y la desaparición cierta— a que estaban sometidos y condenados a causa del triste abandono indiferente de los propios andaluces, de las modernas técnicas de cultivo, o la agresión implacable y próxima de proyectos urbanísticos o industriales.

Recordando a esos «magos» rurales, que con su varita de fresno o de avellano en la mano detectan infaliblemente las corrientes de aguas subterráneas, yo puedo hablar de esa singular, casi mágica capacidad inteligente que Ponsich posee —fruto de una sólida experiencia de campo y de un riguroso ejercicio reflexivo— para leer e interpretar el paisaje y localizar a través de él ocultos testimonios arqueológicos.

Aunque la verdad desnuda que subyace sea, que sólo por el camino de los puros sentimientos, de la irrefrenable vocación, de la pasión ilimitada, del continuado amor por lo que hacía, del tesón firme y honesto, del pleno conocimiento responsable y equilibrado del riesgo que asumía y la necesidad de hacer ese trabajo jamás antes llevado a cabo por otros, puede entenderse una tan extensa y plena prospección de años y de permanente valor científico, como es la recogida en sus tres libros sobre la «IMPLANTATION RURALE ANTIQUE SUR LE BAS-GUADALQUIVIR», y un cuarto de próxima aparición.

Pionero anticipado en esa gigantesca valoración y estudio del Valle del Guadalquivir en la Antigüedad, su esfuerzo y su dedicación de dos décadas recién culminadas han sido, son y serán, punto cierto de referencia y polo norte seguro para otros muchos trabajos científicos relacionados con la Economía del Mundo Antiguo, de la incidencia en ella del cultivo del olivo en la Bética, de la anforaria olearia y sus respuestas a importantes interrogantes, de la producción y el comercio del aceite bético en la Antigüedad, de las Instituciones y Asociaciones que este producto hizo necesarias, de las estructuras sociales, del catastro y la posesión de las tierras, y tantos y tantos matices apenas presentidos —interesantísimos y altamente reveladores— que la excavación del Testaccio, en Roma, comienza a confirmar o a incorporar.

Y si con más largueza he traído a colación sus trabajos sobre la implantación rural antigua, ha sido porque en ellos se combinan y complementan en igual dimensión, el hombre y el arqueólogo: su carácter amable, cordial y extrovertido, su sentido del humor, su gran facilidad para relacionarse y, sobre todo, su natural humildad y sencillez sin afectaciones, hicieron de su

trato directo y fluido con braceros y peones, tractoristas o capataces, caseiros, guardas y propietarios —cientos de personas en suma— un motivo no tan sólo para la útil información, sino razón esencial primera para el entendimiento a nivel humano, para la charla y el diálogo muchas veces trascendente y siempre enriquecedor como el propio Ponsich afirma. Así fue como poco a poco, pero con sed y anhelo de lograrlo, fue colándose, calándose y empapándose en la idiosincrasia de un pueblo viejo y puro que, a fuerza de ser sabio por la acumulación de culturas que lleva a sus espaldas, sabe estar en la cúspide y en la esencia misma de la vida, apenas sin saber leer. Yo estoy convencido de que han sido esas gentes sencillas y en estado casi virginal, las que más le han traspasado, conmovido y emocionado: por eso vuelve a ellas cada vez que puede.

No voy a examinar ni aún de manera superficial, y menos a calificar, sus grandes aportaciones a la Arqueología ni enumerar rozándola siquiera su densa bibliografía. Es ésa, una tarea ardua que otro amigo entrañable, José María Blázquez Martínez, creo que analizará —magistralmente, como nos tiene acostumbrados— en éste mismo libro-homenaje.

La gran cantidad de investigadores eminentes que con sus artículos concurren, reconocen y premian una labor granada y utilísima, y son a la vez testimonio inequívoco del afecto hondo y ancha amistad que Ponsich ha sabido ganarse entre nosotros. Interesadamente, esperemos que ese esfuerzo todavía sin declive lo veamos proseguido, durante muchos años, en esta tierra hispana de sus preferencias.

Lástima que este homenaje que ahora se le brinda con motivo de su jubilación anticipada, no pueda ser compartido por aquella otra excepcional mitad de Michel Ponsich que fue Sylvie, su esposa, prematuramente desaparecida aunque viva en el recuerdo de todos los que la quisimos.

Ponsich vuelve ahora a Francia, junto a la ternura y el cariño de sus hijos y también —porqué no— a la esperanza de un renacer compartido. A esa villa junto a un río que cuida con amor, y que él bautizó hace años con el nombre hispano-marroquí de «Dar-Triana», escrito en azulejos sevillanos.

Llenas las manos de cumplida cosecha, plantado en la meseta de los recuerdos y los proyectos, yo sé que la distancia no podrá empañar tu claro españolismo voluntario. Que estarás dispuesto para una nueva llamada a la acción, taumatúrgica y sabia; de leer nuestra Historia en este campo andaluz de intenso cielo azul.

Andalucía te llama, entre otras cosas, para el ejercicio importante de aquella actividad tan humana que dejó escrita un poeta duro y desgraciado:

*A las aladas almas de las rosas
del almendro de nata te requiero,
que tenemos que hablar de muchas cosas
compañero del alma, compañero.*